

Belén la loca

Lizeth Alcantar

Hace mucho tiempo, cuando tenía tan solo veintiún años, me sentí irrefrenablemente atraída por los susurros de un pueblo. Ignoraba si quienes me llamaban eran las corrientes serpenteantes que bajaban de los montes, los seres alados que merodeaban por los bosques cercanos o las pululantes personas del pequeño pueblo. Mas culpo al optimismo de la juventud que me hizo creer, pese a mis dudas, que todo saldría bien. Después de todo, ¿qué otra cosa podría pensar, si las cosas se habían acomodado de manera excepcional para mis propósitos?

Semanas antes de arribar al pueblo, di fin a mi antigua vida. Me despedí de familia, amigos, conocidos; bebí la hidromiel de las valquirias por última vez; y agradecí a mi hiperbórea maestra por todas sus enseñanzas y esta, triste pero confiada, me deseó la mejor de las suertes. Me sentía optimista. Los lazos que me unían a mi lugar de nacimiento los corté tan fácil que sorprendióme la vanidad que ostentaba de mi joven alma; sin pesares, sin nostalgia, abandoné todo. El camino a Yolco fue duro, mas luego de la fatigosa caminata este me acogió con los brazos abiertos. Rubídia, la anciana con quien había arreglado hospedaje, me brindó comida caliente y la invitación a cuidar del jardín delantero de su rumiante casa, el cual era su orgullo. Los yolquianos fueron considerados conmigo, y, aunque en ocasiones su curiosidad era fatigante, no tuve mayores problemas para encontrarme cómoda.

A pesar del buen trato, supe de inmediato que no me encontraba ahí por las personas. Por lo que tan pronto llegó el cuarto día comencé a vagar en las afueras del poblado. Los primeros lugares que decidí explorar fueron los riachuelos; el agua que por estos corría era tan clara que se veía perfectamente el fondo tapizado con piedras de colores. Y qué decir de los habitantes de aquellas aguas: los pececillos cristalinos y las ninfas de pieles azuladas y vestidos fluidos que pasaban sus horas entre juegos, risas y dulces canciones hacían plácidas mis horas; pero conforme frecuentaba la compañía de estas, más me daba cuenta de que ellas no eran las que habían requerido mi presencia. Así pues, decepcionada, continué mi búsqueda en los profundos bosques al oriente del río. Las hadas que ahí habitaban salían de entre las flores para posarse en mis hombros y susurrarme a los oídos los secretos del bosque. De los frondosos árboles, con ondeantes vestidos verdes y cbelleras negras, emergían las dríadas acompañadas de sátiros con flautas en mano; todos corrían

a reunirse al pie de un frondoso fresno para tocar y bailar.

Yo pasaba las mañanas en el pueblo, y por las tardes partía a los bosques a disfrutar de la buena compañía. Si los habitantes del pueblo sospecharon de mis actividades en las afueras, pronto las dejaron en el olvido, pues para ellos era sólo una aprendiz de curandera embarcada en la recolección de plantas. Y tan serviciales como algunos eran, enviaban conmigo a un fiero perro para protegerme de los peligros; este caminaba a mi lado con las orejas paradas y las aletas de la nariz excitadas ante cualquier amenaza; sin embargo, caía desfallecido ante la música de los faunos, que se divertían agarrándole la cola o poniéndole flores en las orejas. Solía pasarla maravillosamente con aquellas criaturas pero con el tiempo entendí que la llamada tampoco había surgido de los bosques.

Decepcionada de mi falta de suerte respecto al origen de aquel llamado, y sobretodo frustrada por el abandono de la fortuna que en un principio había facilitado todo, meditaba acerca de mi proceder durante el desayuno en el jardín de Rubidia. A decir verdad, pocas veces prestaba atención a la enérgica palabrería de la anciana que mañana tras mañana proclamaba sin cesar, pero entonces comentó algo que, por primera vez, capturó mi interés:

—... El perro es también para protegerla, por si se encuentra con... Belén la loca —y fue la manera tan cuidadosa con la que pronunció ese nombre, como si de verdad pensara que ambas corríamos peligro solo por mencionarlo, la que atrapó mi atención. No obstante, habiendo dicho eso, la anciana se levantó y volvió al interior de la casa, ignorando mi mirada interrogante. No la seguí para pedir explicaciones, pues temí levantar sospechas por el repentino interés, sin embargo, desde el instante que escuché su nombre, supe que era ella quien me había llamado.

—Belén, Belén, Belén... —mientras lo saboreaba en voz alta hacía cosquillas en mi boca; sentí deseos de correr en su búsqueda y tuve que contenerlos.

Los siguientes días los pasé en sutiles averiguaciones. Desde luego, ni Rubidia ni nadie sabía con

certeza quién era ella, pero no faltaban las especulaciones osadas. Que si adivinadora o sibila; anciana senil o loca de nacimiento; madre y también esposa en algún momento, nadie podía ponerse de acuerdo. Y la joven que yo era entonces sintió el fuego de su curiosidad avivado y procuró hacerse frente a frente con Belén. Por días, esperé a que alguien me la señalara; luego, otros tantos más, la observé a distancia. Era una mujer anciana, de aspecto frágil y mirada vidriosa; parecía que mientras su cuerpo se ocupaba de las cosas mundanas su mente viajaba por mundos maravillosos. Su cara delataba rasgos de una belleza perdida con los años y las circunstancias, sus cabellos totalmente blancos y abundantes le llegaban a la cintura, y se agitaban con el soplo del Céfito, rozando el borde del delantal descolorido y manchado que usaba todos los días. No encontraba el momento oportuno para abordarla, pues ella parecía ajena a todo; el único contacto que tenía con las personas del pueblo era cuando, a su paso, la recelosa gente la llamaba por su nombre y, como un perro, acudía para que le entregaran cualquier alimento: un huevo viejo, algún vaso de leche de varios días; los más generosos, un trozo de jamón o alguna carne, quesos o panes; ella los tomaba y continuaba su camino en dirección al bosque. Yo solía seguirla, buscarla, llamarla, mas nunca la encontré.

—Aparece cada mañana por el pueblo, lo cruza y se pierde hasta el siguiente día —había aclarado Rubidia, pero se había negado a compartir algo más que las habladurías de la gente. Un día, luego de mucha espera, salí a su encuentro con aquella enérgica actitud jovial que me caracterizaba; pensé cuando estuve frente a ella que me reconocería, pero sus ojos vidriosos veían a la nada, como si en efecto su mente estuviera en otro lado. Se detuvo frente a mí solo porque yo había bloqueado su paso, pero al instante en que me moví ella continuó su camino como si nunca se hubiera detenido.

Cinco meses más me quedé en aquel pueblo; durante cinco meses traté de hacer que Belén hablara o dejara entrever sus deseos para mí, pero no lo hizo. Su

mirada acuosa y perdida en ningún momento mostró el menor atisbo de reconocermelo. Cada mañana procuraba tomar mi desayuno en el jardín delantero de Rubidia para, de esta manera, ofrecerle a Belén algo de lo que estuviese comiendo, siempre con la secreta esperanza de que me hiciera partícipe de su llamado, inclusive si éste no se manifestaba por medio de palabras, mas no ocurrió. Pese a ello, cada noche, desde nuestro primer encuentro frente a frente, escuchaba los susurros de su voz, porque sabía que era su voz la que me llamaba, una voz fuerte y poderosa.

Una noche de tantas, cuando ya entraba el sexto mes, los susurros se volvieron tan fuertes que parecían gritos, estos hicieron que saliera de la cama y me tambaleara hacia las afueras de Yolco. Durante horas, caminé, huyendo del dolor que me provocaban los salvajes gritos; anduve tanto tiempo que en la tierra ya empezaba a clarear la aurora. En algún momento perdí la consciencia, supongo que me desmayé; no sé con certeza cuánto tiempo estuve inconsciente, solo recuerdo la oscuridad y luego su caricia. Sus huesudos dedos se movían por mi rostro en un gesto maternal. Durante un breve momento, me sentí la niña mágica que fui en mi pueblo natal, pero al abrir los ojos no encontré el rostro de mi madre, sino el de Belén. Me miraba, no como una madre, sino como un depredador; su curtido rostro sonreía por primera vez desde que la había visto, mas no con dulzura, sino con deseo. No me sorprendió cuando sus labios presionaron con formidable fuerza los míos en un beso que sentía me devoraba el alma. Tampoco me sorprendió que la correspondiera, no podía evitar compartir su deseo. Deseo por mí, deseo de mí. No sé cuánto duró aquel beso pero al separarnos inmediatamente noté algo diferente en Belén. Frente a mí estaba ahora una bella muchacha de pelo negro, piel lozana y morena, ojos oscuros y cuerpo fuerte. Me parecía tan familiar como si hubiera visto su imagen toda mi vida. En cambio, yo me sentía invadida por un extraño sentimiento de sopor... como si mi mente hubiera sido puesta lejos de mí en algún brumoso paraje. Entreabrí los labios para decir su nombre, para pedirle una explicación

de las miles que me debía pero noté la garganta muy seca y, al llevar la mano en un acto reflejo al cuello, sentí que la piel de este colgaba como la de una vieja. De los ahora hinchidos labios de Belén salió una risa melodiosa como nunca había oído. Luego con voz sensual dijo:

—No Belén, mi nombre es Medea... —dijo, sin abandonar su sonrisa—. Debía ser tú, llevas su nombre, Creúsa, debías ser tú la que me ofreciera su cuerpo... ¿sabes que te sentí cuando naciste? Sentí tu cuerpo, uno lo suficientemente fuerte para contener mi animus... debías ser tú, Creúsa.

Dejó las caricias, me dejó a mí, se levantó y alejó con pasos decididos rumbo al pueblo. Asustada y confundida, la vi alejarse mientras yo me derrumbaba presa de una tremenda debilidad. ¡Medea! ¡Medea! ¡Medea! ¡Aquella terrible anciana era la mismísima hechicera que antaño había matado a sus hijos, a su hermano, a Peles y a decenas más! Y ahora poseía mi juventud. Quise detenerla, con mis piernas temblorosas intenté levantarme y luego avanzar; poco a poco y cojeando logré abrimme paso entre los árboles del bosque y las dríadas que empezaban a salir de éstos, los faunos que se asomaban y en los ojos de todos ellos vi lástima. Como debes suponer, no conseguí nada; la debilidad que me invadía era tan grande que solo logré llegar al riachuelo, donde las náyades lloraron al verme y sus lágrimas se sumaron al murmullo de lamentos que procedía del agua.

Abatida, me dejé caer frente a la rivera; con mis dedos torcidos logré aferrarme a la tierra y arrastrarme hasta llegar a la altura del agua y, con la claridad de los primeros rayos del sol, vi mi reflejo en el cristalino líquido y solo entonces comprendí las palabras de Medea. No solo había robado mi juventud, como yo había creído, pues lo que ella necesitaba no era juventud sino un cuerpo, un nuevo y fuerte cuerpo que habitar... lloré mi desgracia, maldecí mi ingenuidad, ya que ahora en aquel pueblo susurrante yo no sería más Creúsa de Bimbal, sino Belén la loca.